

▶ Para reflexionar

La literatura para chicos y jóvenes y los temas “difíciles”

GRACIELA PERRICONI

Docente, investigadora, escritora y editora argentina, especializada en literatura infantil y juvenil y en la didáctica de la literatura

*“ Yo no sé por qué me tocó a mí...
... tal vez sea para que ahora lo cuente.”*

Si poner nombre a este artículo fue un motivo de reflexión, escribirlo ha sido una lenta y prolongada lectura de muchos libros y otras tantos recorridos personales que la ficción retoma como propia cuando pretende “contar la vida”.

Los *temas difíciles*, por dar un nombre de referencia, son aquellos que están relacionados con las *situaciones límites*, las que nos enfrentan con nuestra mismidad, sin concesiones, que nos motivan necesariamente a preguntarnos por el sentido de la vida y por el sentido de la muerte, por las ausencias y la enfermedad, en síntesis, aquellas situaciones que nos enfrentan al casi inagotable interrogante del para qué y por qué vivimos.

“[...] Quiere decirse que son situaciones de las que no podemos salir y que no podemos alterar. La conciencia de estas situaciones límites es después del asombro y de la duda... en la vida corriente huimos frecuentemente ante ellas cerrando los ojos y haciendo como si no existieran. Olvidamos que tenemos que morir, olvidamos nuestro ser culpables y nuestro estar entregados al acaso. [...] A las situaciones límites reaccionamos, en cambio, ya velándolas, ya cuando nos damos cuenta realmente de ellas, con la desesperación y con la reconstitución: llegamos a ser nosotros mismos otra vez, en una transformación de la conciencia de nuestro ser” (Jaspers, 1996: 17).

Los chicos atraviesan estas experiencias en distintos momentos de su desarrollo, así como lo hacen los adolescentes y los jóvenes.

La literatura, que es un recorrido imaginario por la existencia del hombre, invita a recrear con el lector todos los conflictos vitales, a identificarse con ellos, padecerlos o elaborarlos.

Sabemos que estos procesos de cambio vital traen aparejados duelos, que son la evidencia dolorosa de una pérdida y tienden a repararse o compensarse con momentos de logros y gratificaciones.

El abordaje desde la ficción literaria de estos temas para chicos y jóvenes no es fácil, si el autor no cae en lugares comunes, en soluciones fáciles o mágicas, que generalmente no son las que se producen en la vida corriente.

Todas las pérdidas son vividas como tales y cuesta reponerse de ellas, el dolor es una herida que molesta, que lastima, que a veces calma el paso del tiempo, algo que está lejos de ser habitual en las primeras etapas evolutivas, menos aún en la adolescencia, por lo tanto para un autor, mejor dicho para un adulto que ha pasado por situaciones límites, recrearlas en la literatura es una forma de exorcizar sus propias cicatrices, o de indagar sobre el sentido con asombro de niño, con insensata decisión adolescente, sin tentarse frente a los didactismos ni a las salidas religiosas o místicas. Esta convicción se percibe en la escritura de los más prestigiosos autores.

Ana María Machado dice al respecto:

“Solo me ocupo de la literatura, de los textos que tratan cuestiones fundamentales de la condición humana, que no intentan dar respuestas, sino que proponen, por el contrario, nuevas indagaciones sobre la experiencia humana. Libros que utilizan el lenguaje de manera poética, explorando su ambigüedad y su complejidad, proponiendo una pluralidad de significados” (Montes y Machado, 2003: 74).

Cita que podemos complementar apelando a Graciela Cabal (2001: 19) quien afirmaba que escribir consiste en ponerle el cuerpo a la historia, arriesgando sin saber muy bien hacia dónde se dirige y de qué manera impredecible iba a

terminar. Más aún había algo más azaroso que cualquier relato: “hablo, estoy hablando de mi propia vida”.

Como los temas son variados y los libros también, nos hemos reservado el privilegio de recorrer la *literatura de los temas difíciles* a través de cuatro libros (de los que daremos la ficha técnica al final del artículo), ellos son: **Los sapos de la memoria** y **Si tu signo no es cáncer**, de la autora cordobesa Graciela Bialet, **Los ojos del perro siberiano** de Antonio Santa Ana, y **Stéfano** de María Teresa Andruetto, diferentes miradas sobre la pérdida y la búsqueda de reparación por medio de historias que el lector podrá considerar atrapantes o no, esto dependerá de las posibilidades de identificación con los problemas vitales que los libros encierran.

“Mi abuela dice que me deje de pavadas, que ya me contó una y mil veces todo lo que pasó. ‘La vida sigue desovillando su carretel y el hilo nos teje artesanalmente a un destino’, resopla mientras me señala con gestos el recorrido al baño como si yo fuese todavía un chico, y me obliga a mostrarle las manos lavadas antes de comer, con insistente modo de desconocer que ya tengo diecisiete años.

Sospecho que hay cosas de la memoria que esperan por mí. Por algo la abuela no quiere que vaya a lo del mentalista que publicitan por televisión” (Los sapos de la Memoria: 11).

Este es el primer fragmento del libro en el que se aborda el tema de los desaparecidos, tema que no fue excluyente sólo de la Argentina, sino que tristemente compartimos con otros países de América latina.

Las características que unen estos libros son tres: el destinatario que es en todos los casos un adolescente, un joven, alguien que tiene recuerdos, el dolor del cual registra memoria, alguien que ha sufrido y no puede o no sabe cómo encauzar estas pérdidas básicas en la vida, como es por ejemplo la pérdida de los padres. Y la reparación, que no es sinónimo de un final feliz.

Cuando hablamos de historia argentina, ésta nos llega de la mano de los maestros o de los profesores y de los libros que podemos leer. Los tres recurren, a veces, a perder fragmentos en el camino, otras a mostrarlos con crudeza para no

olvidar que estos hechos nos atravesaron, también están los que comparten la historia documentada desde su compromiso con la realidad.

Los sapos de la memoria es un libro que hace oír “la voz de los hijos de los desaparecidos” narrando la vida de Camilo, un adolescente de 17 años, entramada con la historia de sus padres. Camilo se va aproximando a la verdad y se enfrentará con su abuela, con sus tíos, con la familia que calla para cuidarse del dolor.

Junto a su novia, Carola, el joven transitará los pasos que lo llevan a conocer toda la verdad.

“Siempre había ido solo a visitar la tumba de mis padres, nunca había llevado a nadie, ni siquiera a Diego, menos aún a una chica, pero ese día me pareció pertinente. [...] Cuando llegamos a su tumba, me sorprendió ver que de una semana a la otra, las verbenas del montoncito de tierra de papá habían comenzado a destellar aromas y colores como si las nubes grises de mis dibujitos de siete años, hubiesen llovido jugo de frutas durante un milenio.

[...] Luego Carola se acercó silenciosamente adonde estábamos y comenzó a trenzar coronas con las ramas más tiernas que había cortado del álamo, enhebrando cada círculo de plata en un palo a modo de estaca.

Yo la miraba de reojo porque jamás acababa de sorprenderme su misterio.

En el centro de una corona escribió con flores el nombre de mamá: Ana; y en la otra, el de su tío, el esposo de la pobre Marilú, medio sapo y me dio loca de tanto esperar.

Luego plantó las estacas alrededor de la tumba descuidada y olvidada de aquella tal Mercedes.

Miré a Carola entre los destellos de plata y los ramilletes de verbenas.

[...] –Vení Camilo, tal vez hoy tramemos un nuevo futuro al pasado –dijo Carola zurciendo distancias.

Me arrodillé a su lado. Carola acarició mis lágrimas y me recordó que “todo es cuestión de no dejar que el suelo se acerque a nuestros pies” (op. cit.: 148).

Entre las palabras con las que se abre la historia y este final del que transcribí un fragmento hay un puente de acuerdos con la historia personal del protagonista.

En todas las novelas, sus protagonistas son dueños de un tormento humano: la enfermedad,

la soledad frente al misterio de los padres desaparecidos, la orfandad del desarraigo y, por supuesto, la pérdida.

Siempre está la pérdida, pero la vida vence, no para satisfacer al lector, complaciendo esta vieja cláusula de la literatura para jóvenes que sostenía que nada podía perturbar su “feliz irresponsabilidad”.

La vida cicatriza bien o mal, pero lo hace, a veces repara de muchas maneras, en corto o largo plazo, fuera o dentro de la ficción, así como es cierto que castiga mucho más que mil palabras escritas, litigantes y crueles. La vida transita por nosotros y la palabra la recupera desde diversos espacios.

A veces, son los protagonistas testigos los que narran la historia como en **Los ojos del perro siberiano** de Antonio Santa Ana:

“Es terrible darse cuenta de que uno tiene algo cuando lo está perdiendo.

Eso es lo que me pasó con mi hermano.

Mi hermano hubiese cumplido ayer 31 años, murió hace 5.

Se había ido de casa a los 18, yo tenía 5 años. Mi familia nunca le perdonó ninguna de las dos cosas, ni que se haya ido, ni que se haya muerto.

Esto, si no fuera terrible, hasta sería gracioso.

Pero no lo es, lamentablemente.

Perdonen si este párrafo es confuso. Quiero contar toda la historia esta noche.

Mañana me voy.

Tal vez si logro repasar mi historia en voz alta aunque sea una vez me sienta más liviano en el momento de tomar el avión.

Pero no sé si podré” (op. cit.: 9).

Esta historia contada por el hermano de quien padece la enfermedad es la historia de un chico que contrae el virus de inmunodeficiencia adquirida, transcurre socialmente en la mendicidad espiritual de una familia de San Isidro, zona de buenos recursos del conurbano bonaerense, familia estereotipada por el autor, padre ausente, madre negadora, abuela sufriente y entera y hermano observador, partícipe y finalmente dueño de la verdadera historia, que es la que atraviesa sus sentimientos.

El SIDA está en todas partes, no tiene clases, ni sexo, ni edades, es una epidemia que habla de la falta de prevención y, básicamente, de la falta del instinto de conservación de los seres humanos.

Son conocidos los innumerables floreos metafóricos que han hecho de la enfermedad del cáncer, sinónimo de un mal incurable, invasivo, destructivo en corto tiempo que va despo- blando al ser humano de su dignidad, sin saber hasta la fecha sus múltiples etiologías.

Mucha gente lo vive como algo que tiene que esconder para no ser mirado con lástima, y además remite a múltiples explicaciones.

No pasa lo mismo con el SIDA, como dice Susan Sontag:

”No se trata de un mal misterioso que ataca al azar. No, en la mayor parte de los casos hasta la fecha, tener SIDA es precisamente ponerse en evidencia como miembro de algún grupo de riesgo, de una comunidad de parias” (1989: 31).

La enfermedad hace evidente una identidad que podía mantenerse oculta, en algunos casos, en otros la connivencia con la droga o formas promiscuas de relación. Esto es altamente perturbador para una sociedad que se atemoriza, más todavía si se trata de adolescentes.

Una sociedad como la argentina que coque- tea en la cornisa de sus propias falencias y tie- ne el desamor como epicentro, la falta de cuida- dos y de seguridades.

Había que despojarse del tema en el año 1998 en un país que jugaba a ser feliz siempre y pensarse metafóricamente rico.

Creo que la voluntad de un escritor fue po- ner en juego los prejuicios, las censuras “en me- dio de una farsa social”.

“Llegué muy temprano al colegio y me quedé en la puerta esperándolo. Lo vi llegar, desde lejos, de la mano de María Eugenia, y me alegré por él. Cuando llegó a mi lado me saludó con un ‘hola’ frío e impersonal. Pasó caminando, casi sin mirarme y fue a buscar un lugar al lado de María Eugenia.

Todos mis compañeros estaban extrañados, nos habíamos sentado juntos todos los años ante- riores y ahora yo me sentaba solo, a tres bancos de distancia. Me evitó en todos los recreos. Yo no salía de mi asombro hasta que me di cuenta de que me estaba haciendo pagar mi culpa.

Yo era el hermano del sidoso” (op. cit.: 84).

Así cuenta el protagonista cómo sufre el alejamiento de su mejor amigo quien le aconse- ja alejarse del hermano enfermo por temor al contagio.

El relato de la enfermedad es breve, el autor se abstiene de mostrar el deterioro de Ezequiel, tampoco ése es su objetivo, más bien se detiene narrando cómo el joven amaba los libros, el chelo y la suite N° 1 en sol mayor de Bach y a Sacha, su perra siberiana. Y junto a ellos, el si- lencio de un padecimiento interior que se vis- lumbra con signos y símbolos.

La enfermedad es un camino de liberación para los dos hermanos, para quien la padece y para quien lo acompaña. La enfermedad es una revelación de lo que acontece fuera de nuestra voluntad, la enfermedad nos configura como se- res sufrientes, además de humanos resistentes.

“Los últimos días antes de morir, Ezequiel tenía momentos de lucidez y momentos de delirio. Po- día estar hablando normalmente y de repente perder el hilo de la conversación. Estaba dur- miendo cuando llegué a la habitación, la abue- la aprovechó mi arribo para ir a tomar un café.

Me senté al lado de la cama y le tomé la mano, mientras se la acariciaba se despertó.

—¿Sabés? Yo te enseñé a caminar.

—Sí, lo sé.

—Vaya paradoja, yo te acompañé en tus prime- ros pasos, y vos me acompañás en los últimos...

—No digas boludeces, Ezequiel.

Sonrió. Cerró los ojos un rato, cuando los vol- vió a abrir me dijo.

—He visto cosas que ustedes no creerán. Naves de ataque ardiendo sobre el hombro de Orión...

Está delirando otra vez, pensé. Volvió a sonreír, me apretó la mano. Cerró los ojos y se quedó dormido.

Nunca más los volvió a abrir” (op. cit.: 126).

Así de sencillo, sin caer nunca en excesos el libro entretiene la trama de la muerte junto a la de la reconstrucción del otro chico que va com- prendiendo a su familia luego del lazo que en- tabla con su hermano mayor, desestimado por sus padres.

Alguna frase metafórica que habla del “des- tino como una cuerda delgada”, alguna neutra- lidad lingüística que hace que la novela se des-

lice por los andariveles de cualquier país de habla hispana, son las reglas de este relato.

No se queda atrás **Si tu signo no es cáncer**, de Graciela Bialet quien enfrenta desde el título el tema del cáncer, también, en una joven adolescente.

Porque lo significativo de estos libros es que los protagonistas se ven inmersos en una encrucijada que no es propia de la edad. No es habitual que los chicos y los jóvenes pasen naturalmente por estas encrucijadas. El límite siempre abre otras puertas, a cuenta de los que ya no están...

Claro que el libro de Bialet, tiene un ingrediente que acompaña y alivia la tensión de la trama: el humor permanente que hace que las experiencias por las que atraviesa la enferma, muy acompañada por su familia y muy vital, lo contrario de la novela de Santa Ana, marcada por la melancolía del dolor residual, del duelo yaciente.

Dice la protagonista:

“Voy a tener que colgarme una ristra de ajos en el cuello para espantar la mala suerte. Con la cinta roja no alcanza, pensé.”

Mamá amaneció apuntándome con el dedo índice y con mi nombre en la boca.

Que ya estoy bien ma, que no quiero ir al médico, a ningún médico y chau.

A las seis de la tarde tenemos turno con el traumatólogo. Dijo que volvieras en dos días y ya han pasado tres. Primero vamos a comprar la orden y luego al consultorio...”

“[...] En ese momento entraron los médicos. Se preguntaron y contestaron entre ellos cosas que no entendíamos. Mamá los interrumpía, pero ellos seguían hablando en difícil. Entró un cuarto médico, joven y parecido a Brad Pitt ¡Qué bien que estaba! Se paró a mi lado y yo me sentí en medio de la película ‘Leyendas de Pasión’, claro que no en la pradera sino en el pantano de una clínica. La nuca me hervía” (op.cit.: 71).

Toda la historia está contada por ella y entramada con horóscopos, esto le da una fresca originalidad. Cada capítulo se denomina *Derrotero Astral*, son doce y lo anteceden lo que la autora denomina *Predicciones Poéticas*, que son tres: la “Clave”, que es un pensamiento, una reflexión, la “Prosperidad”, que es una refle-

xión hacia el futuro, aquello a lo que podemos aspirar, y no podía faltar el “Amor”. Todo en un tono poético, bello, convocante. Cabe aclarar que estas “predicciones...” pertenecen a autores significativos.

Por ejemplo:

Clave

A no desesperar. “Las nubes sólo duran un momento, y el sol es para todos los días.”

(Rabindranath Tagore)

Prosperidad

“A veces es urgente ponerle una voz a la esperanza; ...es preciso que no estemos tan solos, que nos demos un pétalo, un pastito, una pelusa.”

(Julio Cortázar)

Amor

Las palabras siempre son necesarias, inevitables, redentoras...

“Debí decir te amo.

pero estaba el otoño haciendo señas, clavándome sus puertas en el alma.”

(Juan Gelman)

Y el final es predecible, porque la enfermedad no siempre es mortal, en múltiples ocasiones se cura.

El final se va haciendo con hechos cotidianos, sencillos, conmovedores sin estruendos, en medio de la trama desde el principio hasta el final se instala el amor como factor aglutinante de todos los hechos y este elemento le da una consistencia al relato muy sanadora. Porque alrededor de cualquier situación límite, el amor sostiene de otra forma que la indiferencia o la compasión. La obra se salva de apremios “críticos” porque la andamia la vida, como ocurre en muchas familias con hijos o padres enfermos. La enfermedad adquiere en la ficción una sintonía grata con el lector, porque no excluye, muestra, delata, ríe y, también, miente sin dejar de ser verosímil.

“El tío por su parte recordó que además, veníamos de milagro en milagro. Primero el ladrón

que causó el accidente provocando que yo fue - se al hospital donde nos enteramos del tumor, luego la pierna salvada por unos milímetros y la suerte de que estuviese aún encapsulado. 'Es creer o reventar, como dice siempre Gabriela', dijo dándole palmadas en la espalda a mamá que lloraba sin lágrimas" (op. cit.:118).

Y termina bien, como pasa en la vida de la autora, ya que este libro tiene un contenido autobiográfico, catártico. Y como nos ocurre, superamos las pruebas más difíciles a fuerza de vencer obstáculos contra viento y marea.

Queda una herida más, que es impredecible pero recurrente como la enfermedad y es la herida del desarraigo, las historias de seres comunes que tienen que asilarse afuera por motivos personales, políticos, familiares. La historia de nuestros abuelos o de nuestros padres que vinieron de Europa y la de nuestros hijos que parten hacia Europa, ambos sin encontrar una tierra que los contenga, que les dé identidad, que les permita crecer como ciudadanos. La triste historia del desarraigo.

Dice María Teresa Andruetto:

*"Si un libro es un modo de conocer, una manera de penetrar en el mundo y buscar el sitio que nos corresponde en él, **Stéfano** me permitió recuperar la sensación de hambre, desarraigo, extrañamiento de hombres y mujeres que, tal como los que hoy se marchan, ayer llegaban buscando una vida mejor".*

Y con este comentario la autora nos presenta a **Stéfano**, inspirada en la historia de su padre partisano que emigró de Italia a la Argentina, la historia, como dice en la contratapa del libro, es la de un naufragio, una larga aventura que termina con el cumplimiento de una promesa.

Stéfano nos inspira desde el comienzo de la novela una inmensa ternura, un estado de desprotección y soledad que no abandona hasta el final.

Para leer la obra hay que haber tenido pérdidas y mantener fresca la memoria. Es un relato melancólico que narra una entrañable partida de la tierra de origen en busca de un destino mejor.

Algo impredecible, deseado, sentido, posible. Y es en ese tenor en el que la obra mantiene el relato vivo.

"Ella preguntó: ¿Regresarás?"

Y él contestó: En diez años.

Después lo vio marcharse y no hizo un solo gesto. Distinguió, por sobre la distancia que los separaba, los tiradores derrumbados, el pelo de niño ingobernable, la compostura todavía de un pequeño. Sabía que corría riesgos, pero no dijo ni una palabra, la mirada detenida allá en la curva que le tragaba al hijo.

A poco de doblar, cuando supo que había que dado fuera de la vista de su madre, Stéfano se secó los ojos con la manga del saco. Después fue hasta la casa de Bruno y lo llamó. El amigo salió y la abuela se quedó en la puerta, mirando cómo se iban" (op.cit.: 11).

La pregunta por el retorno es la que mueve la partida, todavía no concretada, esa es la pregunta esencial. ¿Regresará o no el que parte? Generalmente, no se regresa al mismo lugar, o por lo menos no se regresa de igual modo.

Nadie vuelve igual al lugar del cual se ve obligado a partir. **Stéfano** es un libro que intercambia el suspenso y el realismo crítico, todo con un lenguaje sencillo y un estilo literario que refleja un trabajo militante con la lengua.

Andruetto puede ponerse en el lugar del exiliado, sin haber pasado por esas emociones tan intensas. Quizás la cercanía con sus padres, las vivencias recogidas en su propia vida, le han dado esa riqueza expresiva para mover a los personajes al compás de un realismo muy creíble.

"Lo último que me dijo mi madre fue.

Si un día pasas por Rosario, busca a mi amiga Chiara.

Búscala. Averigua si está viva.

Después yo bajé del camino.

Me había pedido que no mirara hacia atrás, pero me volví una vez, antes de doblar, y levanté la mano.

Sólo cuando estuve seguro de que había quedado fuera de sus ojos, me sequé las lágrimas. (...)

Ahora que tendremos un hijo y repasamos la vida para seguirla juntos, comprendo a mi madre, sus palabras.

Todo el camino me siguió diciendo lo que allá decía, golpeándome la memoria como el agua...

Siempre la soñaba lejos, parada en la puerta de nuestra casa, con la mano en alto; pero anoche, Ema ¿lo crearás?, soñé que llegaba hasta nosotros y me abrazaba" (op. cit.: 66-88).

Más allá de la trama, la presencia constante del ausente amado y luego perdido guía constantemente el relato.

La vida recortada desde la partida tiñe toda la historia, la pobreza, su nueva tierra, el tiempo que le lleva al protagonista elaborar un proyecto de vida, el amor que vence y lava heridas. Todo en pocas páginas, con espacios de suspenso y soledad.

El dolor y la melancolía atraviesan el libro. Estos son los ejes centrales.

Y para no caer en repeticiones, todos los temas difíciles ahondan en el lugar más antiguo y más temido, el lugar de la muerte. Esa extraña conciencia de saber que viene con nosotros al nacer y que es inexorable, invencible, absolutamente humana, como nuestra existencia.

Apelo para cerrar este artículo nuevamente a Graciela Cabal, quizás para sentirla cerca, para creer que igual está aun cuando no está más...

“Y el miedo a la muerte ¿ya se te pasó? Y entonces a mí me gustaría contestar que sí (especialmente cuando los que preguntan son los chicos). Porque ocurre que a veces me parece que sí, que el miedo ya se me pasó. Me parece que –por fin– logré meter el miedo, todos los miedos, en la bolsa de los cuentos, aunque los cuentos me hayan salido de risa y no de miedo.

Pero resulta que no. Y que si bien es cierto ya que no les temo a las arenas movedizas ni a irme por el agujero de la bañera junto con el agua olorosa a jabón Manuelita [...] si bien todo esto es cierto, debo confesar que me pongo la mano en mi corazón, que es el lugar donde anida el miedo a la muerte, y noto que sigue allí. ¿El mismo que desvelaba a la nena que yo fui y que de alguna manera todavía soy? El mismo, que viste y calza. [...]

Será por eso y por algunas otras cosas que tiene que ver con el desamparo y la prepotencia, que me toco el lugar y noto que sigue ahí. Tan fresco y campante. Como esperando. Y listo para desbocarse. El miedo.

Entonces sucede.

Me levanto, me siento, me acomodo los dedos sobre las teclas y, una por una, las palabras empiezan a aparecer en el papel blanco o en la pantalla de la computadora. Son las palabras verdaderas, las únicas posibles porque me llegan de muy atrás, de muy adentro, de la infancia” (Cabal, 2001: 19-21).

Este fragmento vincula el sentido de lo escrito. Es una respuesta a la necesidad de permanecer, de calmar los dolores del alma, de sanear la mente, de tranquilizar al corazón, de buscar y querer encontrar y encontrarse, con esa explícita afirmación desearía explicar con la ficción algunos misterios y horrores de la vida.

Referencias bibliográficas

- Andruetto, María Teresa (2004) **Stéfano**. Buenos Aires: Sudamericana, Colección La pluma del gato.
- Bialet, Graciela (1997) **Los sapos de la memoria**. Córdoba: CB ediciones.
- Bialet, Graciela (2004) **Si tu signo no es cáncer**. Buenos Aires: Norma, Colección Zona Libre.
- Cabal, Graciela (2001) **La emoción más antigua**. Buenos Aires: Sudamericana.
- Jaspers, Karl (1996) **La Filosofía**. México: F.C.E.
- Montes, Graciela y Ana María Machado (2003) **Literatura Infantil, creación, censura y resistencia**. Buenos Aires: Sudamericana.
- Santa Ana, Antonio (1998) **Los ojos del perro siberiano**. Colombia: Norma, Colección Zona libre.
- Sontang, Susan (1989) **El sida y sus metáforas**. Barcelona: Muchnik.

INSTRUCCIONES PARA NUESTROS AUTORES

1. Los trabajos deben tratar acerca de la lectura y escritura y áreas conexas, dándose preferencia a investigaciones y exposiciones de prácticas pedagógicas.
2. Los trabajos deben ser inéditos. El envío de un trabajo a **LECTURA Y VIDA. Revista Latinoamericana de Lectura** supone **la obligación del autor o los autores de no someterlo simultáneamente a la consideración de otras publicaciones.**
3. Los trabajos deberán tener una extensión máxima de 15 carillas tamaño A4, a doble espacio (incluidas las notas y la bibliografía). Deben ser remitidos en original y dos copias sin datos del autor o autores, junto con una copia en disquete (PC, Windows 98/Word 2000 o compatible). Estos datos deberán ser consignados en hoja aparte incluyendo nombre y dirección del autor o autores, número de teléfono, fax o correo electrónico, lugar de trabajo y breve reseña de la trayectoria profesional y académica. En el caso de que el trabajo sea enviado por correo electrónico, es imprescindible enviar por correo común las copias impresas exigidas anteriormente.
4. Las notas y llamadas se enumerarán por orden de aparición y se agruparán al final del texto.
5. Las figuras y tablas deben presentarse en original y numerarse correlativamente por orden de aparición en el trabajo. Las ilustraciones también deben presentarse en original o copia de alta calidad y no deben ser incluidas en el cuerpo del texto, sino en hoja aparte identificada con el nombre del autor en la parte superior derecha y la indicación del lugar donde deben insertarse.
6. Las referencias bibliográficas se ordenarán por orden alfabético, citando: nombre y apellido del autor completos, año (entre paréntesis), título del libro (negrita), lugar de edición, editorial y año de la edición. Si se trata de un artículo: autor, año, título, nombre de la publicación (negrita), volumen y/o número de la revista (negrita), y páginas. Cuando la obra citada es una traducción, deberá citarse el título original de la obra y su versión en español o en el idioma en el que se esté citando.
7. Los informes de investigación deben respetar los apartados clásicos de introducción, método (sujetos, diseño, instrumentos y/o procedimientos), resultados y conclusiones.
8. Aquellos trabajos que no cumplan con la totalidad de los requisitos enunciados no serán considerados, tampoco se enviará a los autores acuse de recibo ni se les devolverán los originales.
9. Los artículos deben ser remitidos a la Redacción de la Revista: **Lavalle 2116, 8º B, C1051ABH, Buenos Aires, Argentina.**
10. Los responsables de la redacción de **LECTURA Y VIDA. Revista Latinoamericana de Lectura** se reservan el derecho de publicar o no los trabajos presentados y de determinar la oportunidad adecuada para hacerlo. Los trabajos recibidos son evaluados por los miembros del Consejo Editorial Consultivo, a quienes no se les envía información alguna sobre los autores. De acuerdo con las normas que rigen el proceso de revisión, se acusará recibo de los originales, se informará a los autores sobre la aceptación, pedido de modificaciones, o el rechazo en el momento en que esto se determine, pero no se mantendrá con los autores ningún otro tipo de correspondencia ni se devolverán los originales.
11. Los autores deben ser miembros de la **Asociación Internacional de Lectura** en el momento de publicación de su trabajo.
12. *La Asociación Internacional de Lectura y la Dirección de la revista no se hacen responsables de las ideas y opiniones expresadas en los artículos.*



Los trabajos que se presenten para ser evaluados, deben cumplir con la totalidad de los requisitos enunciados.